

## Tiempo con mamá

Que mamá se haya quedado sin trabajo es la única alegría que me ha traído la pandemia. Ya sé que ella está preocupada, lo noto por la arruga de su frente, por mucho que intente hacer como si no pasara nada; pero a mí no me engaña. La arruga le sale siempre que algo le asusta. Cuando me puse malita y me llevaron al hospital apareció por primera vez. Pensé que mamá había envejecido de repente, pero al ver que todo quedaba en un susto su frente volvió a estirarse y la arruga desapareció.

La de ahora no desaparece y está justo al lado de la que le salió cuando lo de papá, que se le ha quedado marcada, y la verdad, no quiero que mamá tenga otra de esas arrugas, con una ya tiene bastante, porque no son arrugas de vieja, que también tiene, menos que las que tienen otras señoras de su edad, pero tener tiene, esas otras arrugas a las que me refiero son más profundas, son de cosas de las que mamá no habla cuando estoy delante.

Si yo fuera ella no me preocuparía tanto, mi mamá sabe hacer de todo, y es súper trabajadora, así que cuando pase la crisis seguro que encuentra una empresa que quiera contratarla, vamos, que si no lo hacen serían tontos. Mi mamá es muy lista. Tiene soluciones para todo, además de su absurdo trabajo escribe un blog, y no dejó de escribir ni cuando pasó lo de papá, también da clases, y sus compañeros de trabajo la llaman ochenta veces para pedirle ayuda, o para contarle problemas. Y es que mamá sabe escuchar.

De mis amigas del cole soy la única que le cuenta casi todo a su madre. Las otras niñas dicen que sus madres no escuchan o que las regañan si confiesan “ciertas travesuras”. A mí mamá también me regaña, y en los primeros meses de la pandemia me gritaba cuando la interrumpía en su trabajo. Se ponía histérica. A veces hasta me daba miedo. Lo pasé casi tan mal como con lo de papá. Ha sido la segunda peor época de mi vida, sobre todo al principio, cuando nos tuvimos que quedar en casa sin cole y mamá se pasaba el día frente al ordenador,

con reuniones, presentaciones, hojas llenas de números que solo entendía ella, el teléfono sonando y yo pidiéndola que me explicara las “mates” o que me ayudase con el inglés o con los acentos, que se me dan fatal. A veces cocinaba mientras atendía una reunión desde el ordenador. O limpiaba a la vez que hablaba con su equipo, o con algún cliente. Desde que empezó el coronavirus dejó de venir Alicia, la chica que la ayudaba en casa, así que todo lo hacía mamá, menos mi cama y recoger mis cosas, eso lo hago yo. Muchos días no paraba ni para cenar. Seguía hasta por lo menos las once. Y yo con mis enfados para que se sintiera culpable por no dedicarme tiempo. Ahora me siento fatal, pobre mamá, tanto esfuerzo y tanto trabajo para que la despidan. Es injusto. Y más sabiendo que no tenemos un papá que nos ayude.

La verdad es que al principio yo también me preocupé, pensaba que íbamos a ser pobres y que tendríamos que pedir para comer. Pero mamá me explicó que durante un tiempo el Estado le va a dar una paga, mientras ella busca otro trabajo. Pero eso sí, la paga es muchísimo menor de lo que ganaba mamá, así que nos tenemos que acostumbrar a gastar poquito.

Después de pensar mucho en qué podría hacer para animar a mamá decidí escribirle una carta, para que sepa lo mucho que me ha ayudado, y que yo sin ella no podría vivir, y que, aunque hemos pasado muchas cosas malas con lo de papá, nosotras somos inseparables y juntas podemos con todo. Y le he propuesto un trato. Le he pedido que mientras tengamos la paga no busque trabajo, que escriba en un papel todas las cosas que no ha podido hacer, porque yo sé que mamá lo que quiere es escribir, y el trabajo no le dejaba dedicarse a sus cuentos, y yo quiero que cumpla sus sueños, como he cumplido yo el de ir a Disneyland París y a Londres, a recorrer los rincones donde se rodaron las “pelis” de Harry Potter. Después de leer la carta se puso a llorar y me dio un abrazo tan fuerte como el que me dio con lo de papá, aunque fue un abrazo distinto, aquel fue un abrazo de madre que me iba a cuidar pasase lo que pasase, y este ha sido un abrazo de madre a la que voy a cuidar pase lo que pase.

Cuando terminó el listado de cosas no hechas se asustó de lo largo que era, así que la he convencido para que lo organice en un calendario y a cada cosa le ponga una fecha límite para realizarla. Como me ha enseñado ella a organizar mis deberes y a estudiar para los exámenes. Que esa es una de las rarezas de los adultos. Te enseñan a hacer cosas y luego a ellos se les olvida aplicar lo que te han enseñado. Y no se organizan, o no solucionan sus problemas con la familia mientras a ti te piden que hagas las paces con tus compañeros después de un enfado en clase.

Uno de los sueños que ha escrito es colocar el árbol conmigo, ya sé que parece una tontería, pero ha sido el primer año que mamá ha tenido tiempo para adornos navideños. En su trabajo, la peor época era Navidad, nunca podía coger vacaciones. Yo no me explico cómo podía trabajar en algo tan absurdo siendo ella tan lista, en el cole sacaba todo sobresalientes, solo ha suspendido una vez en su vida y yo ya llevo cinco suspensos, y aún me falta un año para el “insti”. Yo creo que la publicidad no es nada interesante, no hay que ser muy listo para saber que solo cuenta mentiras, luego los juguetes no hacen ni la mitad de las cosas que dicen los anuncios que hacen. Es una profesión tonta y los anuncios son tan aburridos..., parece mentira que mamá le haya dedicado más tiempo a un trabajo estúpido que a su propia hija. Otra de las muchas tonterías que hacen los adultos. Enseñan a los hijos a distinguir lo que es importante de lo que no lo es y luego ellos le dedican mucho más tiempo al trabajo que a los hijos, por mucho que nos digan a los hijos que somos lo más importante del mundo. Como fumar. Hasta un niño de primaria sabe que el tabaco mata, y ellos erre que erre. Y luego nos regañan a nosotros por comer “chuches”.

Y aunque el árbol de este año sea muy muy pequeñito, es el mejor árbol que hemos tenido jamás, porque lo hemos decorado juntas, y mamá me ha ayudado a colorear las estrellas y a pegarles purpurina en la punta, que a mí siempre se me escurre y luego parecen cualquier cosa menos estrellas de Navidad.

El árbol del año pasado era gigante, claro que la casa donde vivíamos tenía un salón enorme. Solo el salón era más grande que la casa donde vivimos desde que mamá no trabaja. Pero yo prefiero la nueva casa, es diminuta, tan bonita como las mini casas de mis muñecas, y mucho más acogedora, la otra era fría, me recordaba a la consulta del médico. Y no digamos el barrio. El de antes era un rollo. Urbanizaciones y un centro comercial. Este tiene mercado, y un montón de tiendecitas con tenderos y tenderas muy simpáticos que nos ayudan, y siempre, o mejor dicho, casi siempre me regalan una piruleta. No como en el centro comercial, que nunca encuentras quién te diga dónde están las cosas y estaba siempre tan abarrotado de gente que me daba miedo perderme.

Yo no quiero ser mayor, no le veo sentido. Siempre trabajando y de mal humor, o sin trabajar y también de mal humor. Y menos ahora, que mamá tiene tiempo para mí, voy a ser niña hasta que recupere todo el tiempo que me ha robado su trabajo. Mi parte del trato es la lista de cosas a renunciar, como el regalo semanal si me porto bien, o las zapatillas de marca y los caprichos del Tiger. Y aunque no se lo he dicho a mamá, (porque le hace ilusión creer que aún no lo sé), he reducido la carta de regalos de Papá Noel y Reyes a lo mínimo. Pero no me importa, mi mayor regalo es su tiempo. Son las primeras Navidades de mi larga existencia de casi diez años en las que mamá va a tener tantas vacaciones como las que tengo yo en el cole.

**Rita Relata**